

NORBERTO INDA

LA CONDICIÓN MASCULINA

INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS SOBRE EL GÉNERO VARÓN

FUNDAMENTOS

La operación por la cual quedan asimilados hombre y ser humano deja a la mujer relegada a “lo otro”, al mundo de la naturaleza, al síntoma. Pero además, produce un grado de generalización tal que, tras la fachada de “El hombre” – que queda en posición de ideal – resultan borradas, omitidas, invisibilizadas las particularidades subjetivas de “los varones”, en plural, en su inmanencia.

Junto a la verificación fueron, para la ciencia positiva, requisitos indispensables la objetividad y la generalización. Ambas abonaron la ilusión de un conocimiento neutral y universalizable, a costa de esquematizar las singularidades y de borrar al sujeto que hace ciencia – también varón –.

La política sexista, en particular la prescriptiva genérica, opera como un organizador presubjetivo donde quedan diluidas la trama deseante y los trayectos identificatorios. También invisibiliza las variables contextuales, de etnia, religión, pertenencia a un determinado país y clase social. La adecuación al rol genérico, particularmente ejercida por los varones, hace que confundan “identidad personal con identidad de género”.

Desde hace décadas y desde diferentes ámbitos, los “Estudios de la mujer”, analizan el lugar asignado a las mujeres y cuestionan con-

ceptual y políticamente las bases androcéntricas de los discursos científicos y sociales. Los silencios teóricos y la injusticia que han promovido. Con los varones no ha ocurrido lo mismo, ni en extensión ni en profundidad, a pesar de que cualquier modificación en uno de los ejes de una polaridad necesariamente debiera conmover el sistema intersubjetivo todo. Los varones, “supuestos sabidos” por el conocimiento, quedan abroquelados en situaciones de falso privilegio, y los determinantes culturales de su condición no favorecen el cuestionamiento de los lugares asignados ni la autoindagación de sus mitologías personales.

Los desarrollos sobre el concepto “género”, orientados al estudio de la condición masculina tienen una continuidad epistémica y ética con los del feminismo teórico y político. El trazado de muchas autoras en la recuperación de sus propias (y oscurecidas) trayectorias, nos ayudó a entrever la simplificación con que se describía al “sexo paradigmático”. Algunos trabajos, sin embargo, recaen, en relación a los varones, en el grado de generalización que dicen combatir. Es un *a priori* la asignación de poder al colectivo masculino, sin mencionar también la operación de inclusión (imaginaria) en esa categoría de los hombres menos favorecidos en el reparto, o apuntar a las categorías simbólicas que perpetúan un sistema de nominación y dominación en el que los varones son victimarios, y también víctimas.

M. Kaufman trabaja las contradictorias experiencias en relación al poder: en un mundo dominado por los hombres, se supone que los hombres detentan el poder. Solemos asociar masculinidad con actividad y potencia, sin embargo, las experiencias subjetivas de poder nos delatan otra realidad. El que domina lo público, tiene poco dominio sobre sí. Construcción de la masculinidad y violencia no son relaciones contingentes. Este autor, describe su triple versión: “violencia contra las mujeres, contra los otros hombres y violencia contra sí mismo”. Aunque guardan una continuidad estratégica, las primeras tienen más visibilidad que la cotidiana y muchas veces naturalizada violencia contra sí mismo, amasada con ideales, condimentada con exigencias y servida como logro viril.

Los estudios sobre desarrollo y promoción de la calidad de vida, nos están mostrando la urgente necesidad de estudiar las condiciones de la masculinidad, que el género no es, no debiera ser una categoría académica solamente, ni un sinónimo de “estudios de las mujeres”. Es una categoría teórica y política, una herramienta útil para entender el atravesamiento de los géneros en toda acción humana y su carácter relacional. Mujeres, varones e instituciones están amasados dentro de categorías genéricas, es decir de relaciones de dominio. Digo más, seguir suponiendo que género es promoción de la mujer, puede tener como consecuencia seguir considerándolas el objeto diferente, lo que debe ser estudiado y promovido sobre el telón de fondo de la normalidad masculina. ¿Qué significa por ejemplo, trabajos de mujeres o de varones? ¿Qué significa expectativas femeninas o masculinas?

Esta es una época propicia o pulsante a la deconstrucción de la “masculinidad hegemónica”, vinculada a los valores de la modernidad, una de cuyas características fue/es el establecimiento de categorías generales y universalisantes. “Lo masculino” descontextualizado es un ejemplo. Si Dios ha muerto (o agoniza), si la Ley del Padre como equivalente secular es deconstruible como una discursividad, producto de un entramado patriarcal, estamos frente a una ocasión privilegiada para la indagación y puesta en trabajo de los valores emblemáticos de la masculinidad. Que no concuerdan con los de los varones a la vista: des-tronados, des-ocupados no sólo de trabajo, sino de sus roles tradicionales.

El hombre ha sido narrado como estadista, guerrero, político, obrero o artista. Salvo en la literatura o en algunas historias clínicas, pocas veces en tanto hombre. Los estudios del género varón (Men's Studies) pretenden estudiar al hombre como construcción socio-histórica ligada a un sexo determinado: ni esencia, ni causa prediscursiva. En el desarrollo de estos temas y su inserción académica son pioneros EE.UU, Australia, Inglaterra y los países escandinavos. Pero el interés por los mismos gana presencia creciente en muchos lugares del mundo. Como en Latinoamérica, lugar de donde vengo,

en el que a pesar de la cultura machista están progresando – aunque con esfuerzo – los estudios y las investigaciones sobre los varones.

La confrontación de distintas líneas de investigación abre el espectro sobre las múltiples modalidades de ser varón. Hoy hablamos de “masculinidades” como un campo de problemas sobredeterminado por la lengua, el parentesco, la cultura, los sistemas de dominio y del sexismo incluido en la bipartición planetaria de mujeres y varones. Además, como campo multiarticulado, el género es una categoría a cruzar con las de etnia, religión, clase, edad, orientación sexual, etc. Necesariamente un campo de trabajo pluridisciplinario, alerta a advertir la tendencia a la presunción de la autonomía de los saberes, a creer que un relato único pueda dar cuenta de la complejidad, de la condición plural de la subjetividad.

Una pregunta necesaria sería ¿en qué sentido las teorías que tenemos pueden ser usadas como instrumentos válidos para el estudio de la masculinidad, o es que ellas mismas deben ser de-construidas y modificadas, dado que fueron ejes de la perpetuación de una perspectiva del hombre como ser humano?

Como dice M. Godelier *“El pensamiento no refleja, da sentido a situaciones que nacen de causas y fuerzas cuyo origen no es sólo la conciencia o el inconsciente. Este sentido lo inventa, lo produce, construyendo sistemas de interpretación que generan prácticas simbólicas, las que constituyen otro modo de legitimar la dominación de los hombres sobre las mujeres y se convierten en relaciones sociales”*.

Ubicar a la masculinidad como campo temático no es sólo una propuesta teórica, también es un desafío ético porque las prescriptivas de género establecen relaciones de poder. Sobre las mujeres y entre los hombres. Estos hétero y autonominados como los que dominan lo público, suelen ejercer poco dominio sobre sí mismos. La cotidiana y naturalizada violencia contra sí mismo, mezcla de ideales y exigencias, se significa a menudo como virilidad, confundida con masculinidad. Por eso junto con el síntoma, que siempre es un quiebre, una discontinuidad, es imprescindible el análisis de la vida cotidiana, y hacer sintomal los comentarios más naturalizados, de “sentido común”, que hacen hábito y perpetúan acríticamente disciplinamientos genéricos. Esto es lo que estudió Foucault, en términos de relaciones de

“saber-poder”. Los discursos de los medios, de los líderes de opinión, de los científicos, implicitan en el caso de los varones, cualidades como fuerza, racionalidad, asertividad, logros, etc. No se menciona, en cambio, lo que estas “descripciones-prescripciones” tienen de obediencia debida a representaciones transubjetivas. Actuamos, nos posicionamos y narramos a través del prisma del género, pero lo hacemos como si no lo supiéramos. Ideales de género a los que los hombres son tan afectos, dado que la construcción de las masculinidades, al menos en Occidente, se gestó en la rivalidad y en la pelea. En la competencia por ser siempre el mejor, en cualquier campo como lo que Connell llama la “masculinidad hegemónica”.

Las determinaciones de género producen formas de vivir y formas de padecer específicas. Si bien “ser hombre” es un “a-priori” que puede explicar muchos comportamientos, esa misma condición tiene que reafirmarse constantemente. “Hacerse hombre” supone rituales de pasaje y una práctica militante para acercarse al ideal. Si el género fuera un exudado natural del sexo no habría que estar confirmándolo todo el tiempo.

El modelo de rol genérico, en su binarismo, no sólo está basado en relaciones de poder, también es un mecanismo de reproducirlas. El formato reactivo de muchos comportamientos masculinos se sostiene manteniendo negado lo desvalorizado de sí, proyectado privilegiadamente en la mujer y los homosexuales. La masculinidad hegemónica es una definición por la negativa, no ser niño, no ser mujer, no ser homosexual.

Algunos de los binarismos que han poblado los recursos y las conclusiones teóricas de las ciencias sociales – en un sentido amplio – se vuelven situaciones paradójales en la cotidianeidad de las prácticas masculinas. A saber, las oposiciones sujeto-objeto; naturaleza-cultura; cuerpo-mente; individuo-sociedad; trascendencia-inmanencia; activo-pasivo, etc. que hacen obstáculo a narrativas diferentes, también retrasan el “pensarse varón”, por fuera de la masculinidad hegemónica. Poner en cuestión esa categoría, iluminar las consecuencias que acarrea y abrirse a la incertidumbre teórica y subjetiva se vuelven una tarea necesaria, por la homologación de las emblemáticas de “lo masculino” con los ordenamientos y racionalidades existentes.

Me parece que este coloquio es una buena oportunidad para profundizar las múltiples dimensiones de la masculinidad. “*Quel Genre d’homme*”? es una pregunta que nos coloca justamente en el sistema de relación entre los géneros: ¿guerra de los sexos? ó conflicto cooperativo? Lo primero es el paradigma que tramita las diferencias como desigualdades, donde el “otro” como diferente puede quedar englobado como proyección del uno, de uno mismo. El conflicto cooperativo demandará una negociación entre hombres y mujeres ya no defensores atrincherados tras un género, sino personas que intentan producir mejores condiciones de existencia. Es por esto, creo, que la variable “género” es fundamental en todo trabajo de desarrollo.

El concepto de “*Gender mainstreaming*”, surgido en las tareas de cooperación y desarrollo, designa procesos de decisiones políticas imprescindibles para que la igualdad entre mujeres y hombres no sea solo teórica, o una expresión de deseo. La concreción de esa igualdad no debiera limitarse a programas a favor de las mujeres, sino una perspectiva global de los géneros integrada en todos los niveles de decisión y acción.

No se trata de disolver al sujeto, ni de trascendentalizarlo. Un pensamiento complejo (Morin, E.) será aquél alertado de las tendencias separatistas, reduccionistas, y ávido de nuevas formulaciones, nunca definitivas. Como decía Joan Scott, necesitamos herramientas para pensar en términos de pluralidades y diversidades. Y en un concepto con el grado de relacionalidad que tiene el género, discutir la forma jerárquica en que se distribuyeron los “universales masculinos” versus las “especificidades femeninas”.

Trabajar las cuestiones de la masculinidad, cualquiera fuera el dispositivo (psicoterapias unipersonales, vinculares, grupos de reflexión, encuestas, historias de vida, etc.) además de recuperar las “especificidades” masculinas, también va a suponer otros desafíos necesarios:

- La reflexión sobre los propios trayectos de vida, la experiencia y obstáculos que tenemos en tanto varones, y no considerar nuestras afirmaciones como propias del género humano.

- Sensibilizarse al enorme peso que el sexismo tiene en esas trayectorias propias y ajenas.
- Aprender a escuchar las voces de los grupos habitualmente no contemplados en las afirmaciones generalizantes, a causa de su condición social, racial, orientación sexual, etc.
- Advertir el enorme peso que la homofobia y la heterosexualidad como normatización tienen en el establecimiento del carácter opresivo del género. (Cuya elucidación proviene, paradójicamente, de los "Gay's Studies").
- Saber que el cuestionamiento de las modalidades habituales de definición genérica y sexual generan fuertes resistencias dado el grado de centralidad que ocupan en la configuración subjetiva.

Identificar como las concepciones (sociales y teóricas) que destacan el privilegio de la condición masculina, además de invisibilizar los obstáculos, dificultan los cambios.

Como dice Castoriadis, *"las significaciones imaginarias instituidas tienen más perdurabilidad que las transformaciones que se operan en el período histórico que legitiman"*. De esto se trata en el trabajo con masculinidades, en la operativización del concepto género, de cómo, cuánto y con qué herramientas podemos movilizar lo instituido, para dar lugar a lo instituyente.